



Marino Muñoz Lagos

## El poeta Pedro Antonio González

Poeta de la provincia chilena, Pedro Antonio González nació en el pueblecito de Coipué, en las vecindades de Curepto, el 22 de mayo de 1863. Por lo tanto, es hijo de la verde y extensa tierra del Maule. Su verso fue temprano y lírico, asentado en sólidas bases humanistas, que le permitieron ubicarse entre los más asiduos precursores del modernismo poético en nuestro país. Gran parte de nuestros bardos le deben mucho a su talento.

Hasta los días de hoy sus poemas son reconocidos por los buenos lectores de poesía; así, por ejemplo, sus "Voces de otra esfera", se las recuerda por su intimidad y sentimiento: "Siento que mi pupila ya se apaga / bajo una sombra misteriosa y vaga.// Quizá cuando la luna se alce incierta / yo esté ya lejos de la luz que vierta.// Quizá cuando la noche ya se vaya / ni un rastro haya de mí sobre la playa.// Parece que mi espíritu sintiera / las recónditas voces de otra esfera.// No sé quién de este mundo al fin me llama / de este mundo que no amo y que no me ama".

Aunque fue un bohemio intransigente, nunca dejó de escribir poesía: acachado por la soledad y la pobreza, bebió con ansias su licor triste. Dejó varios libros que se publicaron en vida y después de su muerte, ocurrida el tres de octubre de 1903, cuyos títulos evocamos aquí: "Eitmos" (1895), "Poesías" (1905), "Poesías", edición realizada por Armando Donoso (1917) y "El monje" (1919).

Pedro Antonio González se ganó la vida escribiendo y enseñando. Como periodista lo hizo en medios de comunicación como "La Tribuna", "La Ley", "La Revista Cómica" y "Santiago Cómico", que aparecían en Santiago a fines del siglo pasado. Como profesor, hizo clases de historia moderna y contemporánea, de literatura, filosofía y gramática en los liceos Santa Teresa y de Señoritas. Estos establecimientos educacionales eran dirigidos por las brillantes pedagogas Antonia Tarragó e Isabel Lebrun de Pinochet.

En cierta ocasión se enamoró de una de sus alumnas, con la que se unió más tarde en matrimonio. Su nombre era el de Emma Contador. Quizás si ella fue la inspiradora de estos versos que recordamos: "Más dulce que el reflejo de la tarde / es el fulgor de tu mirar divino. / La intensa llama que en tus ojos arde, / es el sol que me alumbró en mi camino. / Sediento de tu amor, sueño contigo, / y entonces, ¡ay!, feliz hasta el exceso, / con ardiente delirio yo te beso.// Al confundir mi aliento con tu aliento / late mi corazón con fuego santo. / Ver tu sonrisa es mi mayor contento; / oír tu voz es mi más dulce encanto.// Sentir siempre el calor de tu albo seno, / oprimirlo y besarlo noche y día; / tal es la dicha por la cual yo peno, / así es el bien que sueña el alma mía."

Murió en el hospital San Vicente de Paul acompañado por sus amigos profesores y estudiantes, quienes le brindaron el adiós de los consagrados.